

toría vital, hemos encontrado en ella, méritos suficientes para exaltarla y mostrarla a nuestros compatriotas, como una de las más brillantes, y hermosas, y digna tan solo de un eminente ciudadano que, dentro de los moldes de la modestia, — tal cual cabe a un espíritu superior, — se ha dignificado haciendo el bien a sus conciudadanos y a la República, a la que ha honrado usted, don Solón, en los más renombrados centros científicos de Europa y del continente Americano, exaltando con su talento y probidad, la calidad intrínseca de los altos valores de nuestra pequeña Costa Rica

Acepte, Doctor Núñez, con esta fiesta nuestro fervoroso homenaje de respeto y de admiración.

Palabras del Dr. Solón Núñez

Improvisa sentidos conceptos de agradecimiento por el homenaje, y lee después una importante reseña histórica sobre las Conferencias Sanitarias Panamericanas.

El éxito en cualquiera de las direcciones humanas, es obra de colaboración. El progreso alcanzado por las naciones de América en el orden material y espiritual es asombroso cuando se piensa en la juventud de estos pueblos venidos a la vida autónoma apenas hace un siglo largo; y más sorprendente aún en el campo de la higiene, que es ciencia de ayer. A tal empuje ha contribuido notoriamente la cooperación internacional dirigida por la Oficina Sanitaria Panamericana y objetivada en las once conferencias celebradas en las distintas capitales del Continente; así como por la fundación Rockefeller y en los últimos tiempos el Servicio Cooperativo Inter-Americano de Salud Pública.

El temario de los diferentes congresos traduce no sólo el progreso sanitario de los países, sino también la evolución del espíritu humano, respecto a la responsabilidad del Estado en la protección de las ciudades. En sugestivo comparar el programa de las primeras conferencias sanitarias con el de la últimas.

La necesidad de la expansión comercial, la urgencia de los gran-

des países industriales de atraer inmigración limpia, es decir, imperativos políticos-económicos, fueron los factores que inspiraron la creación de los congresos así como las ponencias y resoluciones de las primeras asambleas. La sanidad marítima absorbe la atención de los delegados: cuarentena, aislamiento, desinfección fumigación; medidas contra la viruela, el cólera, la fiebre amarilla; estímulo a los municipios para el saneamiento de las ciudades: cloacas, cañerías, sistema correcto de recolección y destrucción de basuras.

No se puede mantener limpia la propia casa si las otras con las cuales se tienen relaciones amistosas no lo están. No es posible mantener un país limpio si los países con los cuales se llevan relaciones comerciales no se mantienen también limpios.

La higiene no hubiera progresado tanto si no la llevaran en ancas los intereses económicos. La política y las finanzas hicieron posible el milagro de Panamá; para ello los estadistas se sirvieron de la higiene.

El primer intento de cooperación internacional surgió del cerebro de Bolívar al convocar en 1824 el Congreso de Panamá, cuya finalidad era formar una sociedad de estados americanos para conservar la independencia que acababan de lograr. El ensayo de hace 116 años visto con displicencia por algunos gobiernos y con desconfianza por otros, al extremo de que sólo cuatro delegados acudieron a la cita, constituye en los actuales momentos la idea que domina el pensamiento de América. Bolívar y Roosevelt se dan las manos al través del tiempo y el espacio.

El Congreso de Higiene celebrado en Washington en 1881 fué el precursor de las conferencias sanitarias panamericanas. Sus resoluciones conciernen directa o indirectamente a la defensa contra los flagelos internacionales. En este Congreso ocupó un asiento el sabio cubano Dr. Finlay, y allí expuso la trascendental teoría sobre la transmisión de fiebre amarilla por un mosquito infectado por haber absorbido sangre de un paciente con fiebre amarilla.

Lástima que la palabra trascendental haya perdido su valor primitivo y se la emplee ahora para llamar así cualquier cosa!

La primera Conferencia Internacional se verificó en Washington en 1889. Allí se fijaron las normas de las futuras conferencias que deberían celebrarse periódicamente y se creó el organismo ejecutivo y representativo de los Estados Americanos que se llamó

primero Oficina de las Repúblicas Americanas, y hoy simplemente Unión Panamericana.

En lo sanitario ella se ocupó preferentemente de la fiebre amarilla. Costa Rica estuvo representada en esta conferencia por el recordado caballero don Manuel Aragón.

En 1901 se verificó la Segunda Conferencia Internacional de los Estados Americanos en la ciudad de México. Mientras tanto, el doctor Henry Ross Carter, del Servicio de Sanidad de los Estados Unidos, anuncia la teoría de lo que él llamó "período extrínseco del germen responsable de la fiebre amarilla en el cuerpo de un insecto". Las conclusiones de Finlay y de Carter fueron demostradas luego por los trabajos experimentales de Reed, Carroll, Lazear y Agramonte en la Habana.

Fué después de este Congreso, de índole general, que los estadistas sintieron la necesidad de conferencias integradas por especialistas en Medicina e Higiene para tratar asuntos relacionados exclusivamente con la salud pública y así nacieron la Oficina Sanitaria Internacional y las Conferencias Sanitarias Internacionales.

La Primera Conferencia Sanitaria Internacional se reunió en Washington en octubre de 1902 con la concurrencia de tres espíritus privilegiados: Walter Wyman, Finlay y Liceaga, quienes con Penna en Argentina y Osvaldo Cruz en el Brasil precedidos todos por Unánue, el sabio peruano, pusieron los cimientos de la higiene americana.

El acto principal de esta Conferencia fué la aceptación oficial, por decirlo así, de la teoría de la trasmisión de la fiebre amarilla por un mosquito diferenciado, eliminando numerosas medidas cuarentanarias que el empirismo había aconsejado, y reemplazándolas por las que la investigación científica recomendada. Gorgas demostró el inmenso valor práctico del modo de trasmisión de la fiebre amarilla limpiando con Guiteras y Lebrede de la terrible enfermedad a la bella Habana y haciendo posible la gigantesca obra del Canal de Panamá. La fiebre amarilla ha sido prácticamente eliminada del Continente gracias a los investigadores científicos y a los esfuerzos de los gobiernos locales con la cooperación de la Oficina Sanitaria Panamericana y la Fundación Rockefeller.

La Segunda Conferencia Sanitaria Internacional se celebró también en Washington y su obra principal fué la elaboración de la llamada "Convención de Washington" que fué el primer esbozo

de Código Paamericano. Costa Rica estuvo representada por el doctor Ulloa; Cuba por Guiteras, los Estados Unidos por Wyman y México por Liceaga.

La Tercera Conferencia Sanitaria Panamericana se reunió en México en 1907. En ella estuvo representada Costa Rica por el doctor Juan J. Ulloa que era al mismo tiempo miembro de la Oficina Sanitaria Internacional de Washington; como delegado del Brasil estaba el insigne higienista e investigador Osvaldo Cruz y Liceaga y Guiteras por sus respectivas patrias.

La Conferencia dió capital importancia al tratamiento y prevención del paludismo y entre sus resoluciones figuró ésta de gran valor económico y social: "Recomendar a los gobiernos la conveniencia de declarar libres de derechos fiscales las sales de quinina, telas de alambre de mallas finas, el petróleo crudo y los mosquiteros y pidió el establecimiento de centros para la distribución gratuita de quinina." Estas recomendaciones se hicieron efectivas en Costa Rica durante la segunda administración de don Ricardo Jiménez, es decir, 17 años después.

La Tercera Conferencia señaló a Costa Rica para sede de la Cuarta. Fué una deferencia del delegado del Brasil, tomando en cuenta, pienso yo, la atrayente personalidad del doctor Ulloa. Ello es perfectamente explicable; lo que no parece explicable es que Costa Rica aceptara la galante invitación sin tener el país en aquella época ni hospitales adecuados, ni vías de comunicación, ni calles, ni lugares de entretenimiento, ni hoteles, ni organización sanitaria de ninguna clase. Aún ahora, satisfechas muchas de aquellas necesidades, no parece sensato aceptar, por un sentimiento de vanidad más personal que nacional, la celebración en nuestro país de conferencias internacionales. Tal honor no debe ser aceptado mientras Costa Rica carezca de hospitales de aislamiento; mientras no haya corregido sus plantas de purificación de excretas; mientras los principales centros de población no cuenten con agua potable y servicio sanitarios eficientes y mientras no se haya resuelto el angustioso problema de las casas de vecindad.

La Cuarta Conferencia Sanitaria Paamericana se celebró, pues en San José, nuestra capital, en las postrimerías del año 1909.

Hombres muy eminentes asistieron como delegados extranjeros, entre ellos Walter Wyman, Cirujano General del Servicio de Sanidad de los Estados Unidos y Presidente de la Oficina Sanitaria

Internacional; la figura próspera del gran higienista mexicano, doctor Liceaga; el cubano Hugo Roberts, y Razeti de Venezuela. Jefe de la delegación costarricense fué el doctor Durán, cuya mente privilegiada le permitió ser a lo largo de su carrera al mismo tiempo que médico insigne, estupendo cirujano e higienista de renombre y modelo de ciudadanos.

Nada nuevo aportó esta conferencia al acervo de las anteriores. Acometió asuntos relacionados con la higiene urbana; recomendó medidas de sanidad marítima y enfocó problemas relacionados con el dominio de la tifoidea, de la anquilostomiasis y la prevención de la rabia.

Los delegados costarricenses, en su informe, exaltaron la urgencia de un Código Sanitario que sólo fué realidad 13 años después bajo la administración de don Julio Acosta.

La Quinta Conferencia Sanitaria se reunió en Santiago de Chile en 1911. Las principales iniciativas de este Congreso fueron: Revisión de la Convención de Washington, es decir del proyecto del Código Sanitario Internacional; la especialización de médicos en higiene; el establecimiento de laboratorios para el análisis de alimentos y bebidas; creación de comisiones para la lucha contra la tuberculosis y la ratificación de medidas para la provisión por las municipalidades de agua potable y cloacas.

Como consecuencia de la guerra la periodicidad de las Conferencias Sanitarias se rompió y la Sexta Conferencia Sanitaria Panamericana se celebró en Montevideo en 1920.

Esta Conferencia trajo a su seno las grandes lecciones de la guerra; trajo más enfáticamente la sífilis y la tuberculosis como enfermedades sociales; recomendó la vacunación obligatoria contra la tifoidea; encomió la necesidad de la educación higiénica; pidió la reorganización de la Oficina Internacional de Sanidad y autorizó la publicación de un boletín consagrado a la disseminación de informaciones relacionadas con la salud pública. Allí nació pues el actual Boletín que con tanto celo dirige el doctor Arístides Moll y cuya lectura interesante y amena es esperada mensualmente con ansia por sus numerosos lectores en el mundo entero. Allí nació también el nombramiento del Cirujano General del Servicio de Sanidad de los Estados Unidos, doctor Hugh S. Cumming como Director de la Oficina y cuya actuación es justamente apreciada por el Continente: este varón sabio y austero; culto como una dama, e

infinitamente bueno, ha tenido durante largos 21 años la responsabilidad directa de la salud de 130 millones de conciudadanos y la indirecta de todo el Continente.

La séptima Conferencia Sanitaria tuvo asiento en la Habana. Su obra magna fue la redacción del Código Sanitario Panamericano al cual Costa Rica se adhirió y fué de los primeros países en ratificar.

La Octava Conferencia Panamericana se reunió en la histórica ciudad de los Virreyes en octubre de 1927 y fué una de las más activas y de más avanzado ideario de cuantas antes y después se celebraron. De esta asamblea salió Costa Rica con un puesto entre los funcionarios de la Oficina Sanitaria Panamericana que conservó hasta abril de 1936.

La asamblea elaboró el llamado Protocolo Adicional del Código Sanitario Panamericano que interpreta puntos oscuros del Código de la Habana; legisló por primera vez con criterio científico-social sobre las toxicomanías; tornó la mirada hacia los trabajadores de los talleres recomendando normas de higiene industrial a fin de colocar a los obreros y especialmente a las mujeres y a los niños en las mejores condiciones de trabajo y de vida; abordó el problema del consumo de leche pura y su recomendación 27 reitera que se forme un personal sanitario sobre la base de la idoneidad individual y el estímulo de ascensos graduales, para formar la carrera sanitaria, es decir, para hacer de la higiene una profesión. Pero las dos iniciativas de mayor trascendencia fueron:

Primera: La recomendación concerniente a la centralización de todas las actividades de salud pública en un organismo responsable. Su obra magna fué la redacción del Código Sanitario Panamericano con suficiente autoridad para impulsarlas y hacerlas efectivas, en una palabra, en un ministerio o Secretaría de Estado.

Costa Rica se había adelantado a esta sugestión creando el suyo. A partir de aquel momento se multiplicaron los Ministerios de Higiene en América.

Segunda: La sugestión hecha por primera vez en la historia en el sentido de incorporar los servicios llamados de beneficencia, hospitales, asilos, sanatorios, etc., dentro de la misma Dirección de Salubridad. Es decir, sugirió la desaparición de la autonomía de las llamadas Juntas de Caridad, que ha sido y continúa siendo en muchas partes una rémora para que el espíritu científico penetre

en esas instituciones. Costa Rica se había adelantado a esa idea, en forma legal con la promulgación en 1922 de la Ley de Salud Pública que por eso se llama también de Protección Social. De acuerdo con esta Ley la beneficencia que era una Cartera dependiente de Relaciones Exteriores pasó a ser un capítulo de la salubridad.

La Novena Conferencia Sanitaria reunida en Buenos Aires en 1934 enfocó nuevos y trascendentes aspectos sanitarios, asistenciales y de educación higiénica. Ratificó la convención Sanitaria Internacional para la navegación aérea; recomendó la enseñanza de la higiene como factor preponderante en el mejoramiento de la salud pública, y el estudio atento de la alimentación de nuestros pueblos.

Pero a mi juicio la tesis más importante, tratada por primera vez en las Conferencias Sanitarias, fué la relativa al saneamiento rural y la creación de Unidades Sanitarias como el mejor medio de lograrlo. Costa Rica que tenía creadas en aquel momento dos o tres Unidades Sanitarias, llevó a la asamblea el resultado de sus observaciones y experiencia.

La Décima Conferencia Sanitaria celebrada en Colombia no trajo a discusión ningún punto nuevo pero dió énfasis a los problemas de nutrición de acuerdo con el programa formulado por la Tercera Conferencia de Directores de Sanidad reunida en Washington en abril de 1936 y el informe de la Comisión de Alimentos designada por la Oficina Sanitaria Panamericana con tal objeto; puso en vías de una pronta realización el problema de los seguros sociales que había sido objeto de discusión en la citada Conferencia de Washington la cual propuso, a moción de Costa Rica, para ser discutido en la Décima Conferencia Sanitaria.

La Undécima Conferencia se celebró en Río Janeiro en setiembre de 1942.

La situación mundial tenía que reflejarse en la organización y proceso de la Conferencia de Río Janeiro. Podría decirse que ella se inició con la movilización del ejército Brasileño. El tradicional desfile del 7 de setiembre en conmemoración de la fecha de la Independencia, fué una demostración de fuerza. A él dió especial realce la presencia del Expresidente de la Argentina General Justo, quien vino a ofrecer su espada y su vida al Brasil en guerra.

Hubo empeño especial en que ninguno de los países del Continente dejara de acudir a la cita y así fué, asistiendo a ella por primera vez en la historia de estos Congresos, el Canadá. La fecha de

la Independencia de algunos países de la América ocurrida entre el 7 y el 18 de setiembre, que en otras oportunidades hubiera pasado inadvertida, dió ocasión a manifestaciones entusiastas de cordialidad paramericana.

El tema "Defensa Continental y Salud Pública" por cuya prioridad tanto abogó la delegación de Costa Rica absorbió la mayor parte del tiempo y de la atención del Congreso, dando lugar a una magnífica intervención del doctor Parran, Cirujano General de los Estados Unidos. La discusión de este tema comprendió: enfermedades durante la guerra; enfermedades de post-guerra; defensa de la población civil; estímulo de la producción; el problema de la alimentación en América; organizaciones de emergencia; materiales que exigen prioridad en la exportación.

Las observaciones hechas por la Fundación Rockefeller sobre la fiebre amarilla fueron también de gran valor internacional, pues ninguno de nuestros países debe considerarse descartado del peligro de la fiebre amarilla.

El doctor Cumming, en vuelo directo desde Washington a Río Janeiro sin importarle tiempo ni distancia, ni sus bien pasados 75 años de edad, allí estaba como soldado al pie del cañón. La gratitud que sienten los pueblos de América por este leader de la higiene y caballero perfecto que lleva en sus venas sangre de Washington, habrá en no lejano día de concretarse sobre la cima de los Andes en mármol o en bronce para que desde allí su ojo avizor continúe por siempre vigilando la salud de América.

Los hombres que hemos tenido el dolor de vivir las dos más grandes tragedias de la humanidad, hemos tenido también la satisfacción de ser testigos de dos de los tres procesos sociales más trascendentes de la historia.

La primera guerra mundial fué maestra insigne de grandes enseñanzas. De los campos de muerte como un lirio brotó un nuevo concepto de la vida al proclamarse el valor de la existencia humana; una nación vale lo que valen sus hijos. Como consecuencia, los últimos veinte años han sido de triunfo para la medicina preventiva.

Esta segunda guerra mundial habrá logrado en cinco años lo que no se había conseguido en siglos: de un lado la unidad de América; el conocimiento, la fraternidad y la concordia entre nuestros pueblos; la expansión interamericana de la cultura; la

difusión de la higiene en primer plan como la ha colocado Stetinius al comentar las conclusiones de Crimea. Y del otro, una vida social más justa dentro de una mayor libertad y respeto a la dignidad humana. Si se ha derramado tanta sangre; si los mares están poblados de cadáveres, si falta tierra para cubrir tanta tumba; si hay lágrimas y luto y dolor y miseria en el mundo entero, que ello no sea en vano; que tanto sacrificio sólo signifique la aurora de una vida de paz permanente que tenga por lema: libertad y justicia; satisfacción de vivir; salud y pan para todos los ciudadanos del mundo.